

Eduardo Manso

La otra soledad





Colección

LA CAMPANA DE FUEGO

La otra soledad

Manso, Eduardo

La otra soledad. - 2a ed. - La Plata : Hespérides, 2013.
64 p. ; 21x14 cm.

ISBN 978-987-23115-6-8

1. Poesía Argentina. I. Título
CDD A861

© 2008 Eduardo Manso

© 2013 Eduardo Manso

✉: laotrasoledad@gmail.com

👤: Eduardo Manso

2013 Ediciones Hespérides

Calle 39 N° 1129 La Plata, Argentina

(0221) 423-1597 - edhesperides@gmail.com

👤: Ediciones Hespérides

edicioneshesperides.blogspot.com.ar

Printed in Argentina - Impreso en Argentina

No puede reproducirse ninguna parte de este libro por medio alguno, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabado, xerografiado o cualquier almacenaje de información o sistema de recuperación, sin permiso del editor.

Eduardo Manso

La otra soledad



La Plata, 2013

A mis hijos
Luciano, Emiliano y María Sol

Cuando considero el corto lapso de mi vida,
prensado entre dos eternidades, una anterior
y otra posterior, el reducido espacio que ocupa,
perdido en la infinita inmensidad de unos mundos
que ni conozco ni me conocen, siento miedo
y me pregunto por qué estaré yo aquí en vez de allí,
pues no hay razón para que yo esté aquí
y no allí, ni para que exista esta fecha
con preferencia a aquella...

Pascal

Fugaz

Diminuta
estrella de pan.

Latido.

Fin de la sombra.

Pequeña quietud.

Rocío.

La vida se duerme
sobre una flor.

Te nombra la luna.

Y allí el viento
embebido de cantares.

Te hace color.

Hablas del agua
detrás de tu sombrero blanco.
Reclamas este gesto
y la palabra frágil
que aún te provoca rubor.
Concibes la cumbre
de una lágrima
con una mirada
y muero aquí.
Instancia astral.
Florece en los otoños
el aroma de tus pasos.
Y vuelto a nacer,
desde la pluma
hasta el corazón de los milagros,
germina pálida tu boca mía.

Pasaporte

Habíamos soñado tanto
que ninguna estrella
te desconocía.

Ni los brutales amores en Madrid
ni los insistentes amantes de París
sabrán de esta especie
este amor...
acá,
al sur del mundo.

Desangelado.
Trémulo pájaro.
Busqué refugio,
en el penúltimo soplo desplegado.
El sol, en paso cruel,
sin sombra me ha dejado.

Allí la vi.
Sola,
estremecida.
Sola,
abrazada
por arlequines olvidados.

Por estas calles confiscadas
por absurdos ruidos y neón,
nadie sabe como yo,
natural de tus ojos,
en qué umbral sueña el poeta
su razón enamorada.

Camino,
por estas calles,
donde ya nadie anda.

Será tal vez
la búsqueda
de algún fantasma,
alguna historia.

La certidumbre
de un abrazo en silencio.

Algún cataclismo
de primaveras en las manos.

Una flor, una luz, una boca
y el amor,
muerto de amor,
en un balcón.

No sé,
en realidad no sé.

A veces camino,
por estas calles donde ya
ni mi sombra anda.

No sé qué pasó.
Quizás la ausencia
vestía milagros.
No se.
Acudió a mi lado
la palabra herida.
Y yo me fui de ti,
como si nada.

Adioses y bienvenidas

Hoy, te hallé...
envuelta
de melancolías y desencuentros,
de yoes y túes
de vuestros y nuestros.
Tu imagen se agita.
Sé que no vas a poder,
lo intuyo.
Y no sólo es cosa mía.
Existen cómplices en esto
y es bueno que lo sepas.
El aire de madrugada,
el mate caliente.
Ése y este silencio.
Tu mirada acaricia la poesía.
¿Con qué palabras?
¿Qué respuesta a la silla vacía?
¿Con qué gestos?
¿Con qué adioses?
Vas a decir,
que,
te,
vas.

Me has pedido que escriba
una canción de amor
que te nombre en la noche
y dibuje en el cielo
pero... no puedo.

Me reclamas que escriba
con la luz de la luna
que me moje la frente
lluvia de madrugada.
Me has pedido...
y... no me nace nada.

Me has dicho que cante
en las calles más viejas
que robe una flor, un suspiro
que me vista de blanco
y te bese con luces... pero ves...

Me has dicho que acaricie
tu espalda en la mañana.
He besado tus manos.
Me has prendido un ala
ay... y me pides que escriba,
luego...

Me reclamas cristales
Y amor en la trova.
Y me quedo mirándote
pues... te pienso, no sé
y te quieren... mis ángeles...
pero ves... ya no puedo con nada.

Estación Central

Has llegado por tu flor.
Sola.
Tu poema toca
el suspiro del día.
Y el amor vedado
gira en escaleras de cristal.

Se ve tu color, tu voz.
Entre grises naces.
Alba.
Agua de lluvia.
Y tu pelo
guarda la luna, y tu espalda.

Aquí, a orillas del tiempo,
su arcano junio levanta
tímidos gestos de niños
en tus manos, en las almas.

Te pareces al abismo.
Hierba, pan, ala, un concierto.
¿Qué destino tendrá el mar,
cuando no roce tu cuerpo?

A veces,
me siento en tu mano,
trato de revelar milagros,
y me desborda esta canción de Vos.
Mi oración tiene una sola palabra.
Blanca al fin, una sola.
Y me remite a los tiempos del niño.

A veces,
elevo los silencios a tu espalda,
y ocupo esta distancia milenaria.
A veces soy el pan y soy el hambre,
la desatenta contradicción
que me ha signado.

Es que también soy el hombre
que ha muerto tantas veces y
la mano que sin Vos
lo ha levantado.

Yo sé

Yo sé que habrá un horizonte
donde mis ojos arriben
y tengo cautivo al viento
cuando los tuyos me escriben.

Sé que hay un cielo bello.
Allí reside mi canto,
donde tu flor y mi estrella
custodian mi gesto blanco.

Caminaré sobre el agua
como un rito, una alabanza,
me llevarán dos misterios
y duendes por las mañanas.

Estabas

En la mesa de la mañana,
el brillo de las manzanas,
el aroma de la cocina,
la puerta semiabierta,
en el canto de las cucharas,
estabas.

En el filo de la sombra de los cuadros,
la llama del madero que abraza los inviernos
el sillón ocre de esta casa grande,
en las sábanas que jamás volverán a cubrirme
estabas.

Abrazada a mi camisa de lilas,
recostada sobre la última estrella del verano,
estabas... estabas.
Pero yo, andaba de cristales.

Jazmines

Yo te vi partir el alba.
La vida se abría en jazmines,
con paso breve, suave
sobre este río de aire.

Sospechaba tu vuelo.
Las flores poblaban el viento,
mi tiempo,
y tus alas.

Amanecía tu sueño.
La magia se deslizaba,
sólo tú mirada...
sola tú mirada...

Te veía pasar.
Y las aves de la ausencia
con mi ángel
te llevaron.

Te imaginaba lejana.
Mi sombra suspendida te cantaba.
Prisionero de la luna, he andado frágil
entre canciones olvidadas.

Fuimos parte de vientos distintos,
dueños de otras bocas,
otras manos,
otras palabras.

Con el amor en la solapa
intentamos la esperanza...
Y nos perdimos,
en el gris de otros ojos.

En esta soledad
absurda y pasional
que saquea las ciudades
siempre te he buscado.

Te cuidaré.
En las voces del asombro.
No importa el tiempo
ni la distancia.

Me quedaré... sobre tu hombro,
donde comienza tu cuello delgado,
en un latido, como tu ángel,
te cuidaré.

A ti

Con una flor azul en el cabello,
tomada de tu mar como al descuido,
bajas la calle entre el gentío,
abrigas la mañana con tu cielo.

Pies desnudos, verde agua tu vestido.
Libera mi poema y su destino.
Tu voz desnuda, aquí en mi mano.
Cometa en este cielo. Eres latido.

Canta un pájaro en mi hombro
y me escuda en tu milagro,
leve, en tránsito, a tu puerto,
canto vuelo, eres mi asombro.

Has inventado una calle
en donde sólo yo te veo.
Tiemblan como las hojas
tu corazón y mi anhelo.

¡Ay niña! toma esta flor,
que por ti sólo ha nacido.
Me has robado el alma, el llanto,
te has llevado todo contigo.

Lunas

Tiene las manos
más blancas que el alba.
El viento juega,
y a veces las envuelve.

Tiene las manos como la nieve.
Si pinta un gesto en aires de primavera,
se esfuman, desaparecen.

Frágiles bailarinas.
Universales nativas de la Luna,
sobre mi camisa libre
descansan.

Cuando viajen mis canciones
a rozar tu piel... el cielo,
temo te desvanezcas,
y te conviertas en viento.

Entonces tú,
detrás de mi hombro,
amanecida.

Nuestra primera palabra,
manejo de estrellas
todavía.

Entonces tú,
misterio del duende.

Tú,
y todo por nacer.

Azul

Azul,
te haces paloma
Y no te alcanza mi boca
ni te tocan los encantos,
ni las hadas ni el espanto.
Es que te has ido por fuegos
para incendiarlo todo

Azul...
hoy te haces paloma
y llueven hilos de plata
sobre mi pluma y mi cara.
Azul, hoy te haces paloma.
Y mi poema te canta.

Este hombre, que detrás de mí va,
calladamente en las noches anda.
Ronda las lluvias su silbo y pluma.
Bebe el aroma de la mañana.

Se suma a mi lado.
Flor, niño, latente.
Eleva su letra
por tu voz pendiente.

Este hombre aún,
candil en la hoguera,
por silencios vaga.
De amores dormidos, besa sus riberas.

A veces lo veo
cuando por delante
estalla en magnolias
su gesto inocente.

Este hombre a veces
pena en los puentes
y muerto camina
con tu mano, ausente.

Habr  de encontrarte
un canto anhelado.
Fugada del tiempo
all , en tu morada
hogar de mi  ngel,
trastienda del viento.

En la osada búsqueda
de la luna perdida.
Soy la palabra que busca tu boca.
Porque muero
y renazco los días de lluvia.
Y se llevan los siglos
el tiempo de otros.
Allí en tu pañuelo te dejo canciones.
Ya que tengo razones
que el hombre no sabe.
Y me es necesario habitar esta vida.

Escribo.
Para que tú no lo hagas.
Sean éstas,
peregrinas por tu aire.
Las dejo en el papel,
que mora en tus canciones.
Naves encendidas,
en tu puerto.
Una voz de negra cuna
aleja noviembre y sus días.

Ya no será mi destino.
Ni mi razón, ni mi cama.
Sólo un viaje de palabras
gira por tu casa blanca.

¿Dónde andará mi alma?
Tan sola, ya sin guitarras.
Se me ha escapado del pecho,
sin darme cuenta, enlutada.

¿Dónde andará mi alma,
tan solitaria, tan mía?
La busco de cara al viento,
pues temo a la noche fría.

Siempre

Habré de verte siempre.
La sonrisa extendida como un puente.
Sobre el fino río de tu boca, donde
me pierdo al encontrar su vertiente.

Habré de verte siempre.
Porque abres las mañanas de mis días.
De tu andar lento y sereno,
nace un pueblo de palomas libres.

Habré de verte siempre.
Cuando te piense, sonría,
y me mire las manos,
tan tuyas, tan mías.

Habré de verte siempre,
cuando diga jazmines.
Y se inunde el alba,
de flores compartidas.

Habré de verte siempre.
Porque naces del silencio.
Y me quedo por ahí,
suspendido en tu alegría.

Pañuelos blancos

Las estaciones de trenes son grises, por naturaleza.
Pequeñas, inmensas... pero siempre grises.
Ronda la ausencia, allí, donde hay tanta gente...
Mientras tres gritos te llaman, tú vagas por el andén.

El frío es moneda corriente y las habita.
Un bolso, diarios, el humo, un zapato,
la tarde envuelta en ovillos de lana...
Mientras tres gritos te llaman, tú vagas por el andén.

El sol muere por detrás de las sirenas.
Del hombro izquierdo del inspector crecen laureles.
La puja por un lugar, el silbato, un cartel, maderas... en cruz...
Mientras tres gritos te llaman, tú vagas por el andén.

Dos gatos cruzan las vías: uno azul, el otro morado.
El llanto, un papel, la espera, el viento desesperado,
Un niño come su pan, su madre no come nada...
Mientras tres gritos te llaman, tú vagas por el andén.

El sepia rompe los vidrios, y cae por las ventanas.
El oxido, un portafolio... y carpetas de esperanza:
una ruta que se pierde, otra que vuelve cansada...
Mientras tres gritos te llaman, tú vagas por el andén.

Hay penas que hablan en las calles de Buenos Aires.
Un tango nace en el adiós de los enamorados.
El sueño, tres milagros, una guitarra desafinada...
Mientras tres gritos te llaman, tú vagas por el andén.

El ciego cuenta monedas y miseria en su jarro.
Una gotera, ese anillo robado, un paraguas violeta,
siete ángeles, una canción, la memoria, el mañana...
Mientras tres gritos te llaman, tú vagas por el andén.

Diez guerras profanan al mundo, sin gestos de final.
Un pincel, los caramelos, gente que va y viene, papeles sueltos.
Los enanos juegan a la ruleta rusa con balas de pan...
Mientras tres gritos te llaman, tú vagas por el andén.

Los niños corren detrás del globo que se desinfla.
Baldosas flojas, el cigarrillo, un molinete, el silencio.
Los besos viajan a otras tierras encerrados en una carta.
Mientras tres gritos te llaman, tú vagas por el andén.

Dos violinistas japoneses tocan canciones rusas.
Un sombrero, el maletero, algunos marineros, las palomas.
Cometas de plástico, zapatos sin betún, mi corazón, tu alma.
Mientras tres gritos te llaman, tú vagas por el andén.

Tu aire, el andar, el tiempo de las letras, la mañana.
Un suspiro, la tormenta, mi boca, tu alegría.
A destiempo todas las partidas, todas las llegadas.
Mientras tres gritos te llaman, tú vagas por el andén.

El abrazo del sol en los atardeceres de verano.
Hojas secas por el aire, un bolsillo descosido.
Candados, penas y hollín, tu rostro, gestos de nube.
Mientras tres gritos te llaman, tú vagas por el andén.

Qué será de esta palabra, cuando el día sea nada más que eso.
Qué... de los puestos de flores, las canciones, el color...
Qué... de tu ventana abierta, la lluvia, mi espera...

Aquí, parado en la hora del primer ángel cantor
llueven palabras azules, dos pinturas, un balcón.
Robo la mitad del cielo y la primera flor.
Sólo te veo pasar, cubro mi cara, perdida en los días viejos.
Mientras tres gritos te llaman, tú vagas por el andén.

Pegada a tu espalda, una veleta cósmica
señala milagros de dos.
Yo sé que mientras te cante
habrá una estrella en mis manos.
Nunca pude gritar, no sé,
por eso escribo y te canto.

A veces partir
es andar lentamente hacia adentro.
Intentar una pirueta.
Una inocente vuelta por el aire.

Saltar sin red.
Gritar sin voz.

Abrir de par en paz
la última alegría.
Extenderla entre los labios.
Mientras el tiempo diseña la memoria.
Sutil gesto de la vida,
que a mis espaldas se perderá,
en el baile de los tiempos.

ÍNDICE

Fugaz	11
Hablas del agua	13
Pasaporte	15
Desangelado	17
Camino	19
No sé qué pasó	21
Adioses y bienvenidas	23
Me has pedido que escriba	25
Estación Central	27
A veces	29
Yo sé	31
Estabas	33
Jazmines	35
A ti	37
Lunas	39
Entonces tú	41
Azul	43
Este hombre, que detrás de mí va	45
En la osada búsqueda	47
Escribo	49
¿Dónde andará mi alma?	51
Siempre	53
Pañuelos blancos	55
A veces partir	59

Se terminó de imprimir en Booverse,
de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
con una tirada de 100 ejemplares,
en julio de 2013

“Sepa disculpar, la bravía muchachada, esta insolencia de mi parte. El haber puesto de manifiesto algunas de las sanas intenciones que nos construyen puede que altere el brillo de sus miradas silenciosas. Situación estrictamente circunstancial y no definitiva.

Quizá el ejercicio de esta trama ha revelado instancias que en otros ámbitos gozarían de la más absoluta reserva o, lo que es más usual, transitarían el camino del olvido.

Concebido en terrenos misteriosos, el poema habita en tiempos distantes y en hombres con penas incurables. Ronda mercados de candor, y en definitiva es eso, la inocencia en palabras. Habrá espacios designados a la interpretación del pensamiento, análisis acerca del final de los días y tantas otras simplezas en las que el individuo manifiesta su razón o existencia.

Mientras tanto el hombre deambula sin desmayos, inventando mundos que nos permitan seguir en el camino que mis hermanos han elegido. En este caso, la poesía. Creer válido este intento sería pecar de cierta vanidad e irrespetuosidad hacia los escritores; y, si de juicio se trata, dejo librado este trabajo a la intuición y al sentir de quien lo observe.

Finalmente, ojalá sigamos cobijados por la luz de esta soledad que nos acompaña”.